

Homilía Día de la Vida Consagrada

Mons. Aldo Giordano

Queridos hermanos y hermanas, queridos amigos de la CONVER,

Siento mucha alegría y un gran honor al compartir con todos Ustedes esta solemne Eucaristía del día de la vida consagrada. Agradezco de corazón por su amable invitación. Sobre todo, estoy aquí para comunicar a todos ustedes, queridos consagrados, el saludo, el agradecimiento, y la bendición del Papa Francisco, a quien represento, desde exactamente tres años, ante el querido pueblo de Venezuela.

1. La palabra de Dios, con la página del Evangelio de Lucas, nos ha anunciado la existencia de una luz. La luz es un hijo que nos ha dado. Este Hijo, “Príncipe de la paz”, es Cristo Jesús. La primera persona que reconoce en este Niño, en este hijo, la luz del mundo es una persona anciana, Simeón, hombre justo y piadoso. “Simeón lo tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo: «Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz. Porque mis ojos han visto a tu Salvador,... luz para alumbrar a las naciones y gloria de tu pueblo Israel».

Cada uno de nosotros conoce qué cosa significa la presencia de las tinieblas y de la oscuridad en la vida. Pienso en un joven que me preguntaba: “¿pero qué sentido tiene vivir?”. Pienso también en una mamá, una querida amiga mía, que ha visto a su hijito de diez años, enfermo de cáncer, dejar esta tierra. Pienso en nuestros hermanos cristianos asesinados, violentados y oprimidos en países como Siria, Irak, Nigeria, juntos con hermanos de otras religiones. Pienso también en las lágrimas de nuestro querido país Venezuela. Cuantas tinieblas!

Delante de la oscuridad buscamos la luz. ¡No nos resignemos jamás a las tinieblas! Yo amo mucho las estrellas. Las estrellas existen también de día, pero no se ven. Solo en la noche se vuelven visibles. Cuando en torno a nosotros parecen difundirse las sombras de las tinieblas y de la noche, de la violencia, de la injusticia, tenemos la responsabilidad de tener ojos para ver las estrellas y dar a conocer el camino a los compañeros de viaje. La humanidad busca y espera siempre una luz y un sendero de esperanza.

Las semanas que pasaron no fueron muy fáciles para mí, como Nuncio Apostólico: discurso a la Nación del Presidente (para la Memoria y Cuenta), visitas a la Asamblea Nacional, reuniones con el gobierno y la oposición en la ardua búsqueda de caminos de diálogo para hacer frente a los graves problemas del país y para evitar mayor violencia. No todos estuvieron contentos de estos actos! A veces me sentí abrumado e impotente frente a tantas personas que vienen a la Nunciatura en busca de ayuda. En estos días pasados sentí crecer dentro de mí la búsqueda de una luz. Es la palabra de Dios que me ha dado luz y una nueva confianza cada día. Un día me dio luz la palabra de la Carta a los Hebreos, "Abraham perseveró en la paciencia". Otro día me llamó la atención el texto de

San Pablo: "¿Quién nos separará del amor de Cristo? Tal vez la tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada? ". En otra ocasión, me ha impresionado la palabra que proclamaba que Cristo había destruido el muro de la división y de la discordia a través de la cruz, su muerte en la cruz. Otro día se quedaron en mi corazón las palabras de San Pablo: *"Dios nos consuela en todas nuestras luchas, para poder nosotros consolar a los que están en toda tribulación"*. He sentido en estos días de una manera especial la compañía y la luz de la palabra de Dios.

La figura del anciano Simeón me parece una imagen muy bella de la vida consagrada. El consagrado es una persona que espera la llegada del Salvador, sobre todo en la noche de la historia. El consagrado cada día toma en brazos al niño Jesús, escucha su palabra y tiene ojos para ver en él al Salvador que esperaba. El consagrado reconoce que este hijo es la luz para las naciones, por los pueblos y dedica su vida para testimoniar y anunciar esta buena noticia.

2. Quien nos da este Hijo, luz del mundo, es una joven muchacha de Israel, llamada María, la primera consagrada.

Si queremos comprender en profundidad quién es María, debemos verla como Dios mismo la ve, es decir, ver a María con los ojos de Dios. La Virgen María es la "Obra de Arte" de Dios. ¿Cómo Dios ve a María?

Para nosotros los cristianos, Dios es Trinidad: Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo.

Dios Padre ve a María como su Hija. María es la Hija amada de Dios.

Dios Hijo ve a María como su Madre. María es la Madre de Dios.

Dios Espíritu Santo ve a María como su novia, su esposa. María es la novia, la esposa de Dios.

Por lo tanto, para Dios, la Virgen María es: Hija, Madre y Esposa. Hay una relación única de amor entre las tres Personas de la Trinidad y la Virgen María. Dios ha amado a su pequeña sierva. Él ha amado a esta joven del pueblo de Israel. Son los ojos de amor de Dios que hacen a María grande, inmensa como el Cielo. Es siempre el amor que hace al otro grande.

Y María ha creído en este amor de Dios: *"¡Dichosa tú por haber creído que se cumplirían las promesas del Señor!"*

Nosotros los consagrados estamos invitados a ver las cosas con los ojos de Dios, a ver nosotros con los ojos de Dios. Como fue María, también nosotros somos importantes, grandes, y valiosos a los ojos de Dios. Somos preciosos y bellos a los ojos de Dios, cualquiera sea la situación que estemos viviendo sobre esta tierra y a pesar de nuestros pecados. Frecuentemente nosotros tenemos la impresión de valer poco, de no ser bellos, pero esto es falso, porque para Dios nosotros somos preciosos y bellos, tan preciosos que su Hijo ha querido hacerse igual a nosotros. Los consagrados son personas que han descubierto que Dios los ama.

Yo comprendo la vida consagrada como la continuación de la presencia de María en el mundo. Los carismas que son el origen de nuestras familias religiosas son un rostro de María, un modo de hacer presente a María en el mundo. Los consagrados, como María, viven como los hijos y esperan todo del padre. Viven como padres y madres de Jesús porque cada día son llamados a hacer nacer la presencia de Dios donde viven. Y son esposas de Dios, porque a través de los votos de castidad, pobreza y obediencia han elegido como un único amor el amor de Dios.

3. ¿Cuál es el deseo más grande de la Virgen María? Es el deseo de llevarnos con Ella para hacernos participar de la luz y la Resurrección de su hijo, para hacernos conocer que ninguna lágrima de la vida se pierde y que el deseo de verdad, de amor, de belleza, de infinito, de felicidad que están presentes en nuestro corazón son verdaderos y se realizarán, porque su Hijo ha vencido la muerte para siempre. Como nos ha dicho hoy la carta a los Hebreos: *“Jesús, muriendo, aniquiló al que tenía el poder de la muerte, es decir, al diablo, y liberó a todos los que por miedo a la muerte pasaban la vida entera como esclavos”*. Después de la Resurrección de Jesús nosotros sabemos que estamos destinados para el Paraíso, para la eternidad, la belleza, el amor, y no para la muerte. Esta es la gran noticia que María quiere regalarnos. La novedad y la fuerza más importante del cristianismo es la noticia de la eternidad, del Paraíso; la noticia que el cielo azul está abierto a nuestros países, a nuestras familias y a nuestras vidas, porque Cristo ha resucitado.

Los consagrados son testigos del Resucitado. Esta vida con el Resucitado, como ha dicho el Papa Francisco dos días atrás, en la celebración por la vida consagrada, “nos hará fecundos a los consagrados, pero sobre todo nos protegerá de una tentación que puede hacer estéril nuestra vida: *la tentación de la supervivencia*. Un mal que puede instalarse poco a poco en nuestro interior, en el seno de nuestras comunidades. La actitud de supervivencia nos vuelve reaccionarios, miedosos, nos va encerrando lenta y silenciosamente en nuestras casas y en nuestros esquemas... La psicología de la supervivencia le roba fuerza a nuestros carismas... nos hace querer proteger espacios, edificios o estructuras más que posibilitar nuevos procesos. La tentación de supervivencia nos hace olvidar la gracia, nos convierte en profesionales de lo sagrado pero no padres, madres o hermanos de la esperanza que hemos sido llamados a profetizar... Lo que despertó el canto en Simeón y Ana no fue ciertamente mirarse a sí mismos, analizar y rever su situación personal... Lo que despertó el canto fue la esperanza... Esa esperanza se vio recompensada en el encuentro con Jesús... el anciano empieza a cantar, hace una verdadera “liturgia”, canta sus sueños. Cuando María pone a Jesús en medio de su pueblo, este encuentra la alegría. Y sí, sólo eso podrá devolvernos la alegría y la esperanza, sólo eso nos salvará de vivir en una actitud de supervivencia. Sólo eso hará fecunda nuestra vida y mantendrá vivo nuestro corazón. Poniendo a Jesús en donde tiene que estar: en medio de su pueblo...

Acompañemos a Jesús en el encuentro con su pueblo, a estar en medio de su pueblo, no en el lamento o en la ansiedad de quien se olvidó de profetizar porque no se hace cargo de los sueños..., sino en la alabanza y la serenidad; no en la agitación sino en la paciencia de quien confía en el Espíritu, Señor de los sueños y de la profecía. Y así compartamos lo que no nos pertenece: el canto que nace de la esperanza”. Amen